

Discurso en funeral José Foncea

1974/05/11

Nos dice el evangelio que cuando los apóstoles discutieron sobre cuál de ellos debía ser considerado el más importante, Jesús les señaló que El vino a este mundo, no como los que mandan, sino como los que sirven.

Nuestro amigo José Foncea Aedo, a quien hoy despedimos -sorprendidos y apenados por su súbita partida- supo vivir esa lección. Fue, en efecto, por sobre todo, un gran servidor

Su vocación por la justicia lo impulsó a estudiar Derecho y, una vez recibido, a convertirse, en Talca, donde se instaló frente a la Plaza, en el abogado de los pobres.

Pronto advirtió que la causa de la justicia trasciende el foro con sus casos particulares y exige ocuparse del bien común. Sacrificando, entonces, las tentadoras expectativas económicas del ejercicio profesional y la tranquilidad de su familia, se incorporó a la vida pública, para luchar por la justicia social y para servir los intereses generales de su provincia y los superiores del país.

Como Diputado por Talca, desde 1953 a 1965 y, enseguida, como Senador por la VII Circunscripción, hasta la clausura del Congreso en 1973, supo responder a la confianza que el pueblo le otorgó reiteradamente en cinco elecciones consecutivas. No ejerció la función parlamentaria para satisfacer ambiciones de poder -como la ignorancia o egotencia de algunos achaca ahora a los políticos-, sino para servir a los más humildes, para atender las necesidades e impulsar el progreso

de su provincia y de su zona, para procurar resolver del mejor modo los problemas nacionales y para contribuir, conforme a su conciencia, al mejor gobierno de nuestra Patria.

Así lo entendieron sus conciudadanos de Curicó, Talca, Linares y Maule, entre quienes ganó merecido prestigio y cariño como servidor público tenaz, valiente y cumplidor. Así lo entendimos, también, sus colegas parlamentarios, que como compañero o adversario, comprobamos su espíritu público, su recto sentido de la justicia y el tesón con que luchaba para llevar adelante sus iniciativas.

Tras su apariencia terca e irónica -y a veces hasta hosca-, escondía José Foncea una profunda sensibilidad humana. Hombre dotado de un gran sentido de familia, tenía especial capacidad para comprender y sentir los problemas de la gente humilde, por cuya solución se interesaba vivamente.

Las injusticias lo indignaban, impulsándolo a acometer con vehemencia quiijotesca contra quienes las ocasionaran, bien fueran gigantes o malandrines.

Buen amigo de sus amigos, no escatimaba esfuerzos para servirlos. Dotado de inteligencia rápida y muy vivo ingenio, era un charlador ameno y divertido y un polemista formidable. Sus agudas salidas aliviaban las tensiones de algunos debates parlamentarios, haciendo reír hasta al más obcecado de sus oponentes.

José Foncea fue un demócrata de verdad. Su formación cristiana, su

espíritu justiciero y su conocimiento de los pobres y de sus problemas, lo llevaron a ubicarse en una clara línea de avanzada social. Respetuoso al mismo tiempo del derecho y de la dignidad de las personas, amante del orden y de la libertad, rechazaba la violencia y procuraba encauzar los cambios que la justicia exige por la vía de las reformas. Estos criterios lo llevaron a definirse, en la política chilena, en las filas de la Democracia Nacional y, más tarde, junto a un selecto contingente de militantes de ese Partido, en la Democracia Cristiana.

La forma cómo José Foncea, ya entonces un político fogueado con prestigio de líder en su zona, supo conciliar su recia personalidad con la convivencia y disciplina partidarias, testimonian mejor que nada sus condiciones de hombre de bien y su capacidad para jerarquizar los valores a que sometía su conducta. Nuestra relación de parlamentarios por la misma región y del mismo Partido, -relación/^{no}siempre fácil, por las explicables rivalidades que suele provocar- me permitió apreciar su modestia y caballerosidad, virtudes que sin duda contribuyeron a forjar entre nosotros un recíproco respeto y un muy cordial afecto.

Tenía José Foncea una aguda intuición para advertir e interpretar las aspiraciones y el parecer del hombre común, que repudia cualquier forma de opresión, que no se resigna a tener que elegir entre la miseria o la tiranía, que cree en la verdad, anhela la justicia, se siente llamado a la libertad, prefiere el amor al odio y busca un lugar digno bajo el sol. Por esto, Foncea luchó siempre por la defensa y el perfeccionamiento de la Democracia en Chile, sufrió con su quiebre y murió

anhelando su pronto y verdadero restablecimiento.

El Partido Demócrata Cristiano, en cuyo nombre hablo, le rinde en esta hora postrera el cálido homenaje que merecen los hombres que, venciendo el egoísmo, consagran lo mejor de sus vidas a trabajar por el bien de su pueblo.

José Foncea comprendió y practicó la enseñanza del Maestro, de que no venimos a este mundo para mandar, sino para servir. Por eso tenemos la certeza de que se hizo digno de la eterna Buenaventuranza.